



Frente a la insensibilidad, el compromiso

Las cifras sobre pobreza y carencias sociales presentadas por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social (Coneval) el lunes pasado, son contundentes: hoy hay más mexicanos pobres que hace dos años y no se ha superado la carencia crucial que se refiere a la falta de acceso a la seguridad social que sufren millones. Tampoco dejamos atrás, aunque fuese por un poco, el número de compatriotas que tiene ingresos por debajo de las llamadas líneas de bienestar y bienestar mínimo.

Contundentes, sin duda, pero a juzgar por las primeras reacciones de la opinión pública, no logran ser convincentes. Para algunos, estos hallazgos ponen en entredicho los “miles de millones” gastados en programas contra la pobreza, porque lo que han hecho es producir más pobres. Para otros, no se trata sino de una muestra más de la ineficacia del “modelo” implantado al calor del cambio estructural de fin de siglo.

Sin menoscabo de la necesidad de evaluar con mayor precisión los cómo del gasto social a lo largo de los años; mucho menos de la conveniencia de examinar las relaciones sociales y productivas fundamentales del susodicho modelito, habría que decir, para empezar, que las realidades resumidas en el informe de Coneval nos retratan de cuerpo entero. Más allá de modelos, malos usos y abusos del gasto y de las obsesiones con la eficiencia y la focalización que inspiraron los programas actuales contra la pobreza y las carencias de la población.

Como sociedad nacional poseedora de una de las quince economías más grandes del planeta, México no puede admitir el mal empleo generado, ni seguir regodeándose con una estabilidad financiera y monetaria cuyo mantenimiento a ultranza probablemente esté en la base de los resultados reseñados. Además, al hablar de nuestras instituciones, tendríamos que poner entre paréntesis la grandilocuencia con que solemos referirnos a ellas y reconocer que no han estado a la altura de su mandato constitucional de asegurar y garantizar a la población sus derechos fundamentales para una vida digna. Ya habría que preguntarse si ese conjunto de agencias, organismos y leyes que sustentan la acción del Estado en materia social puede cumplir con los nuevos mandatos constitucionales sobre los derechos humanos surgidos de la reforma de 2011.



De esta suerte de reconocimientos hay que partir para trazar un nuevo curso para nuestro desarrollo, marcado por la equidad y por el compromiso con la igualdad del Estado y de la sociedad en su conjunto. De nada sirve desgarrarse las vestiduras por los millones mal gastados, o desgañitarse por la absurda persistencia de una estrategia que no sólo ha sido incapaz de arrojar los frutos prometidos sino que, hoy por hoy, ha empezado a tener rendimientos negativos para la economía y la vida de los mexicanos.

Lo que hoy está ante nuestros ojos y oídos es la evidencia descarnada de que ni esos millones ni esos programas son suficientes, tampoco tienen la capacidad de abatir sostenidamente este cáncer que debería ser motivo de nuestra vergüenza. Lo que urge es que la economía crezca cada vez más rápido para crear los empleos necesarios, así como llegar a un compromiso fundamental con la dignidad del trabajo, que aquí y donde sea siempre ha querido y quiere decir seguridad y protección sociales efectivas y salarios decentes, salud y educación adecuadas. Que hoy no tenemos, pero de los que depende el mañana de la nación mexicana.